

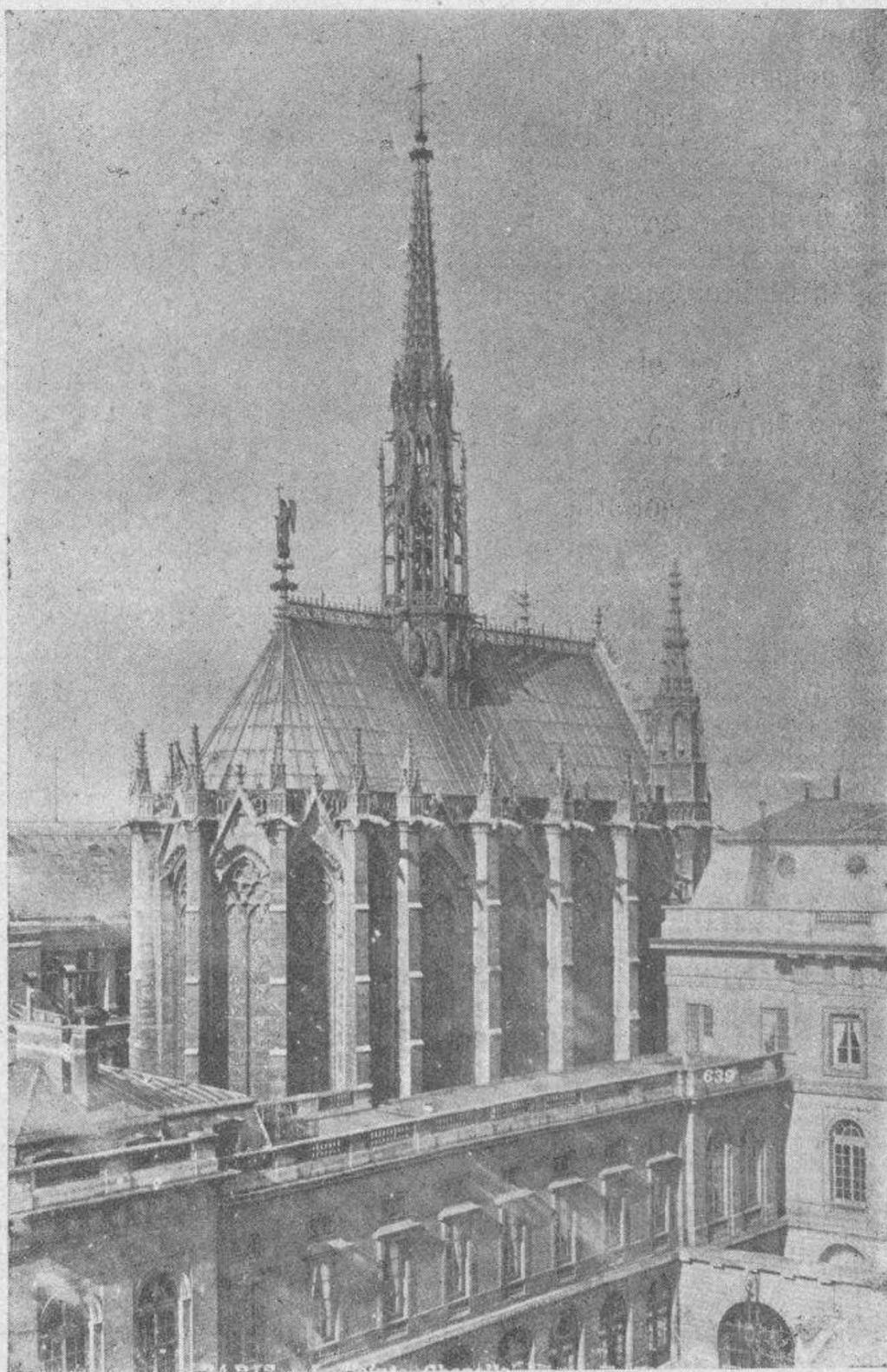
LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

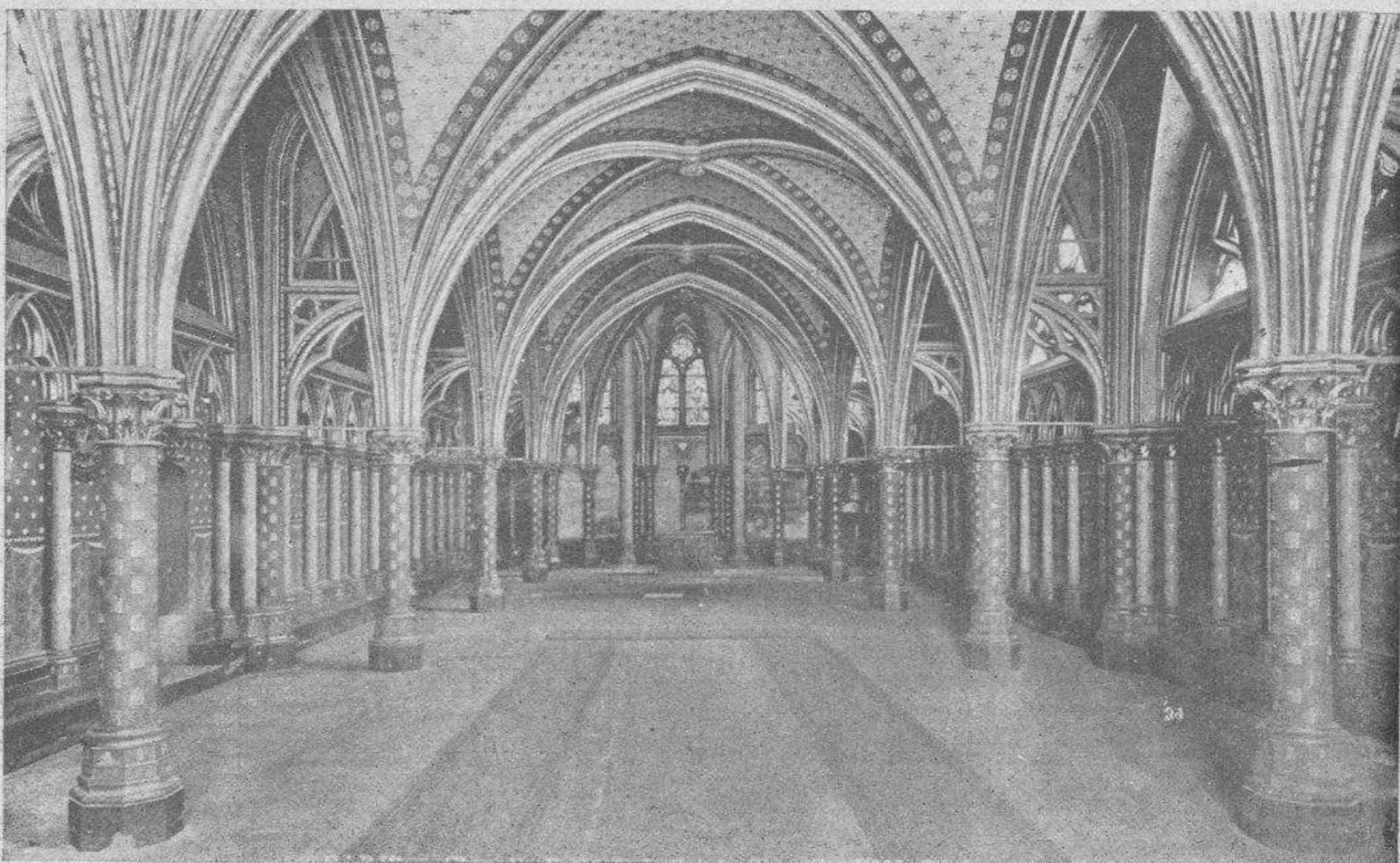
AÑO VII

BARCELONA, 12 DE NOVIEMBRE DE 1896

NUM. 312



PARÍS. — LA SANTA CAPILLA.



PARÍS. — CAPILLA BAJA DE LA SANTA CAPILLA.

MADRID POR HORAS

La prensa taurina le puso en los cuernos de la luna, proclamándole desde aquel día *matador* de toros.

«El *arte*, no tenía nada que temer; una estrella de primera magnitud, había aparecido en el cielo taurino.»

En fin que los escritores, apuraron el diccionario *cursei*, para anunciar su éxito. Y el matador estableció de hecho sus reales en la tristemente popular acera, donde vestida con ceñido y ridículo traje, bulle la numerosa población de aprendices ó consumados maestros en el arte, formados en corrillos, escupiendo palabras soeces ó gesticulando con la desvergonzada mímica de la flamenquería torera, puesta en uso entre aquel enjambre de zánganos que obstruyen el paso y ofenden la vista.

Muchos fueron los señoritos y aún los señores que tuvieron la honra de estrechar la mano del matador y de llamarse amigos suyos, y en verdad que daba lástima ver á cierto marqués correr desalado de acá para allá en busca de un amigo caritativo que le presentase.

• Porque el título se pirraba por los toros, y *en esto* era muy patriota.

Como no faltan hombres serviciales, un mozo de la cuadra del marqués le presentó al matador.

Bien pronto fué éste compañero inseparable del aristócrata. Le llevaba á sus cacerías, á sus palcos, y le sentaba á su mesa, no sin exponerse á que alguna vez cometiera inconveniencias y groserías.

Aunque no había pisado el *ruedo* desde su triunfo, y el producto de su hazaña primera estaba ya consumido, nadaba en la abundancia, y los brillantes, amontonados en sus dedos de mono y en su pechera inmaculada, le valían los agasajos del pobre adulador y de la mujer *flamenca*; además, su trato con gente de elevada alcurnia, aumentaba su influencia perniciosa.

Pero un día fatal le hallaron con las manos en la masa, acababa de robar un magnífico aderezo, y se encontró con un garrotazo en las espaldas y unos días de cárcel que cumplió por él un hermoso solitario que se aburría en la corbata de un transeunte.

Más tarde, mujeres ricas, jóvenes fatuos y sencillos aficionados, fueron pasto de sus raterías. El traje corto le abría todas las puertas y le autorizaba para todo.

Mientras tanto la prensa clamaba al cielo hecha un mar de lágrimas, porque el matador no volvía á despachar toros con aquel arrojo de que dió muestras al tomar la alternativa.

Era pues absolutamente preciso coger otra vez los trastos y ponerse delante de la fiera.

Y una tarde apareció en la plaza enseñando las pantorrillas y meneando las caderas al compás del paso doble. El público aplaudió frenéticamente como aquella tarde famosa, y el matador, henchido de orgullo, acentuó más los movimientos de contoneo, saludando al público graciosamente.

El espectáculo comenzó como siempre, descuartizando caballos y dando tumbos los jinetes que caían al suelo como pellejos de vino... ¡Hay tantos modos de ganarse la vida!

Otro caballo había sido alcanzado por el toro que llevaba en los cuernos como un trofeo, y otro jinete había hecho saltar las tablas de la barrera al caer sobre ella como un talego.

Era un tumbón, un borracho que no sabía picar... ¡A la enfermería con él!

Quedaron los caballos tendidos en la arena nadando en charcos de sangre é inmundicias.

Luego un banderillero fué volteado por el toro... Un ¡aah! formidable salió del público y un latido doloroso retorció el corazón de aquella gente que se divertía.

El matador entretanto preparándose para la faena, miraba atónito aquel cuadro, y sus ojos estaban fijos en el reguero de sangre que trazaba el cuerpo del herido, mientras unos monos se lo llevaban expirante.

De repente, sin darse cuenta de como fué, vióse delante del animal.

Los dos se miraron un instante, bajó el toro la cabeza, acometió, y el matador cayó desparamado sobre la arena rugiendo una blasfemia.

El público lanzó otro ¡aah!... sacaron del ruedo el cuerpo exánime... y la lidia continuó sin novedad.

José BRISSA



OPINIONES

Una niña y un niño, muy ufanos,
asidos de las manos,
atentos contemplaban
como dos pajarillos, macho y hembra,
briosos batallaban.

El niño, serio y grave,
gritó con tono extraño...

—¡Apártalos!... No miras!
que van á hacerse daño!...

Y la niña, riendo á carcajadas,
le dijo:—¡Qué tontadas
se te ocurren hermano!... Aunque no cesan
de darse picotazos.
buenos tunos están... *Es que se besan!*...

José SORIANO DE CASTRO



PARÍS. — AVENIDA DE LA ÓPERA.

PARÍS

No voy á hacer á mis lectores una descripción acabada de París, ni mal podría hacerla en los breves días de estancia que llevo aquí; voy á hablarles sólo de mis impresiones, particularmente de las impresiones recibidas en la calle.

El París monumental, el París de los turistas ya lo conocen todos por libros y guías, y mil veces mis lectores habrán leído descripciones más ó menos prolijas acerca de las bellezas que encierra esta hermosa y popular villa.

Yo no he tenido tiempo de visitar museos ni edificios notables; no he hecho más que callejear mucho y á esto voy á referirme.

La impresión primera que recibí al llegar á París (llegué de noche) fué verdaderamente de una admiración prodigiosa.

En la estación de Lyon tomé un carruaje que me condujo al bulevar Montmartre, y por la ventanilla iban desfilando ante mis ojos calles interminables iluminadas á *giorno*, inmenso torbellino de transeuntes que semejaban fantástico hormigueo de seres vivientes agitándose en todas direcciones; centenares de coches, ómnibus y tranvías formando una espesa malla, entre la cual parecía deslizarse la gente por arte de encantamiento.

De trecho en trecho un guarda de la paz levantaba el brazo armado de una especie de porra blanca y los coches paraban para dejar libre el tránsito.

Mis primeros paseos fueron por los grandes bulevares. Bulevar Montmartre, bulevar de los Italianos y bulevar de los Capuchinos hasta la Magdalena, pasando por la avenida de la Opera y deteniéndome en la plaza de la Concordia.

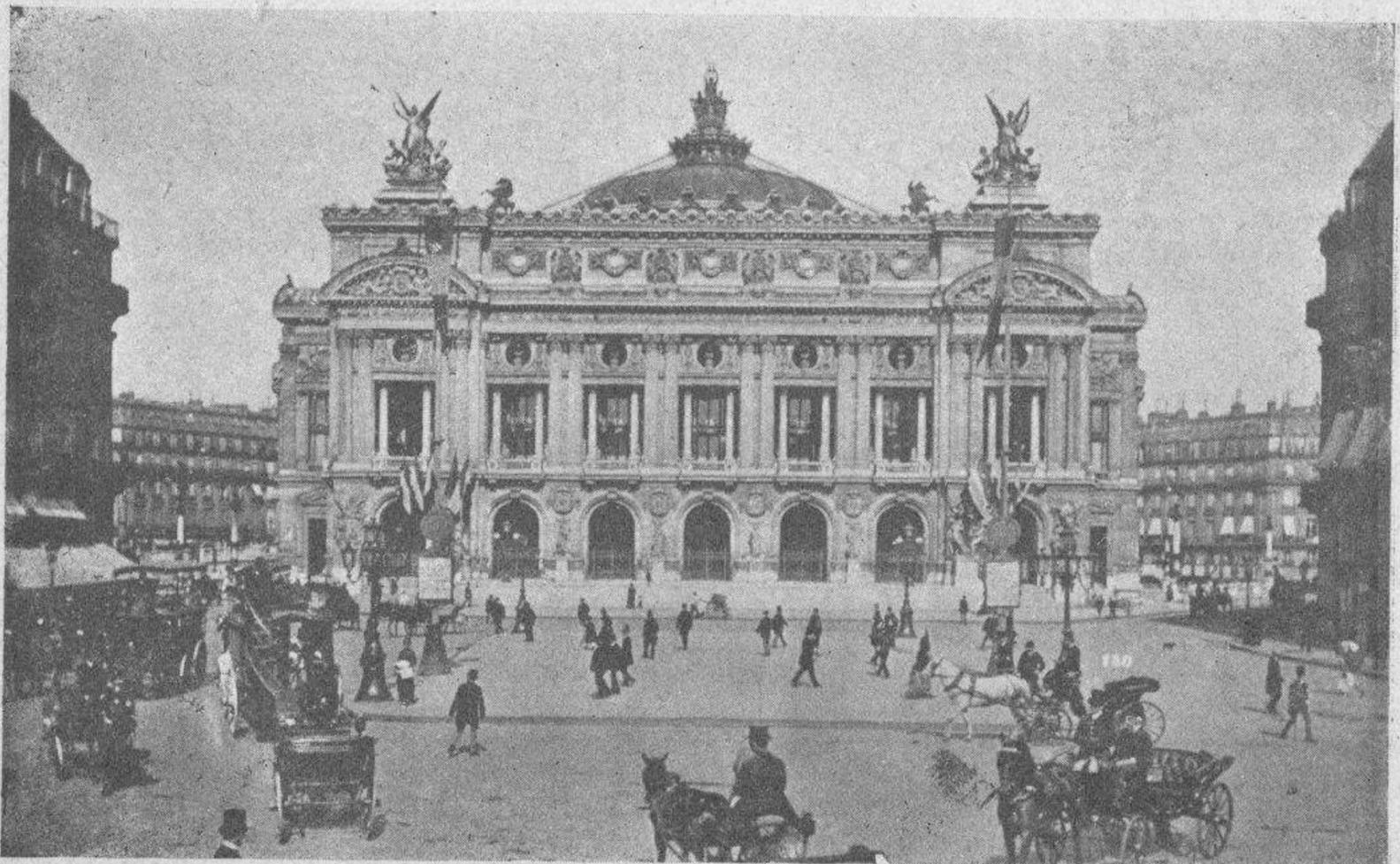
Estos bulevares vienen á ser una cosa así como la Rambla de Barcelona, pero veinte veces más largos y cuatro más anchos.

En ellos se concentra toda la vida del París elegante, la población flotante, el París que se agita y bulle.

Los cafés tienen todos delante de sus puertas tres ó cuatro filas de mesas cubiertas por elegantes marquesinas de cristales y siempre atestadas de gente.

Las tiendas, decoradas con un lujo y un gusto extraordinarios, é iluminadas hasta el exceso, presentan un golpe de vista magnífico.

La mayor parte carecen de cristales en los escaparates y el público compra desde la calle los objetos expuestos.



PARÍS. — LA OPERA. ACADEMIA NACIONAL DE MÚSICA.



PARÍS. — ESCALERA DEL TEATRO DE LA OPERA.

Las librerías igualmente; tienen sus paradas de libros en el arroyo, donde se detienen á mirar y leer los aficionados.

La amabilidad de los vendedores es exquisita y uno compra sin ganas.

Es esta una capital verdaderamente democrática en el mejor sentido de la palabra.

El primer tipo que llamó mi atención fué un joven vestido casi elegantemente tirando de un carrito; después vi otro con chaqueta y sombrero hongo vendiendo cacahuets.

Nadie parece cuidarse de su vecino y cada uno va á sus negocios sin preocuparse de los demás.

Nada llama la atención, porque á cada paso se ven tipos y trajes de todos los países.

Las mujeres elegantísimas y con un *chic* especial y una distinción de que no es fácil dar idea.

No he visto echarle una flor á ninguna en la calle, y eso que aquí van solas á todas partes. Entran en los restaurantes, suben á la imperial de ómnibus y tranvías y hacen la misma vida, muchas de ellas, que los hombres.

Se recogen el vestido con ambas manos y por delante, enseñando casi todas hasta la rodilla; pero nadie las mira ni se fija. Se paran en mitad de la calle y se hacen limpiar el calzado por un limpiabotas ambulante; pero con tal naturalidad, que no resultan ni deshonestas ni descocadas.

En otra capital que no fuera ésta, formarían corro los hombres para mirarlas; aquí ni las ven.

Los rótulos de las calles están escritos en blanco sobre fondo azul, de un modo tan claro que es imposible perderse. En los puntos de bifurcación de varias calles y para facilitar su lectura

de noche, están también en los faroles. Todo está previsto, todo está calculado para facilitar el tránsito, de los forasteros particularmente.

Hace falta preguntar muy poco, porque por todas partes hay letreros é indicaciones muy cómodas y muy útiles.

Cada diez pasos hay un kiosco para la venta de periódicos; pero no venden dentro de ellos como en Barcelona, sino en una gran mesa que tienen al lado llena de toda la prensa.

He visitado los grandes almacenes del Louvre, y con decirles á ustedés que *El Siglo*, de Barcelona, cabe todo él en una de sus secciones, está dicho todo.

He subido también á la torre Eiffel, y visto París desde lo más alto, causa admiración y espanto.

Tiende uno la vista en torno suyo y no encuentra el límite de la población.

Figúrense mis lectores de Barcelona subidos en lo alto del Tibidabo y que todo cuanto alcanza la vista, contando los pueblos del llano, fuese la capital.

Es verdaderamente asombroso.

Sube uno en un tranvía y después de andar treinta minutos, reloj en mano, no ha salido del centro de la población.

La calle de Rivoli, por ejemplo, cuesta más de quince minutos de recorrerla en coche.

La gente está aquí ahora muy preocupada con la crecida del Sena. Desde Lyon á París todos los campos están inundados y parece que pasa el tren por medio de un lago inmenso.

Aquí se utiliza la bicicleta para todo.

Hasta para repartir anuncios.

Continuamente se ven pasar individuos montados en bicicleta y cargados con fardos.

Las mujeres ciclistas abundan mucho.

He visto pasearse por los bulevares á un individuo que pesa 288 kilos y monta una bicicleta que sólo pesa 11.

Es un verdadero gigante que podría ganarse la vida exhibiéndose por esos mundos.

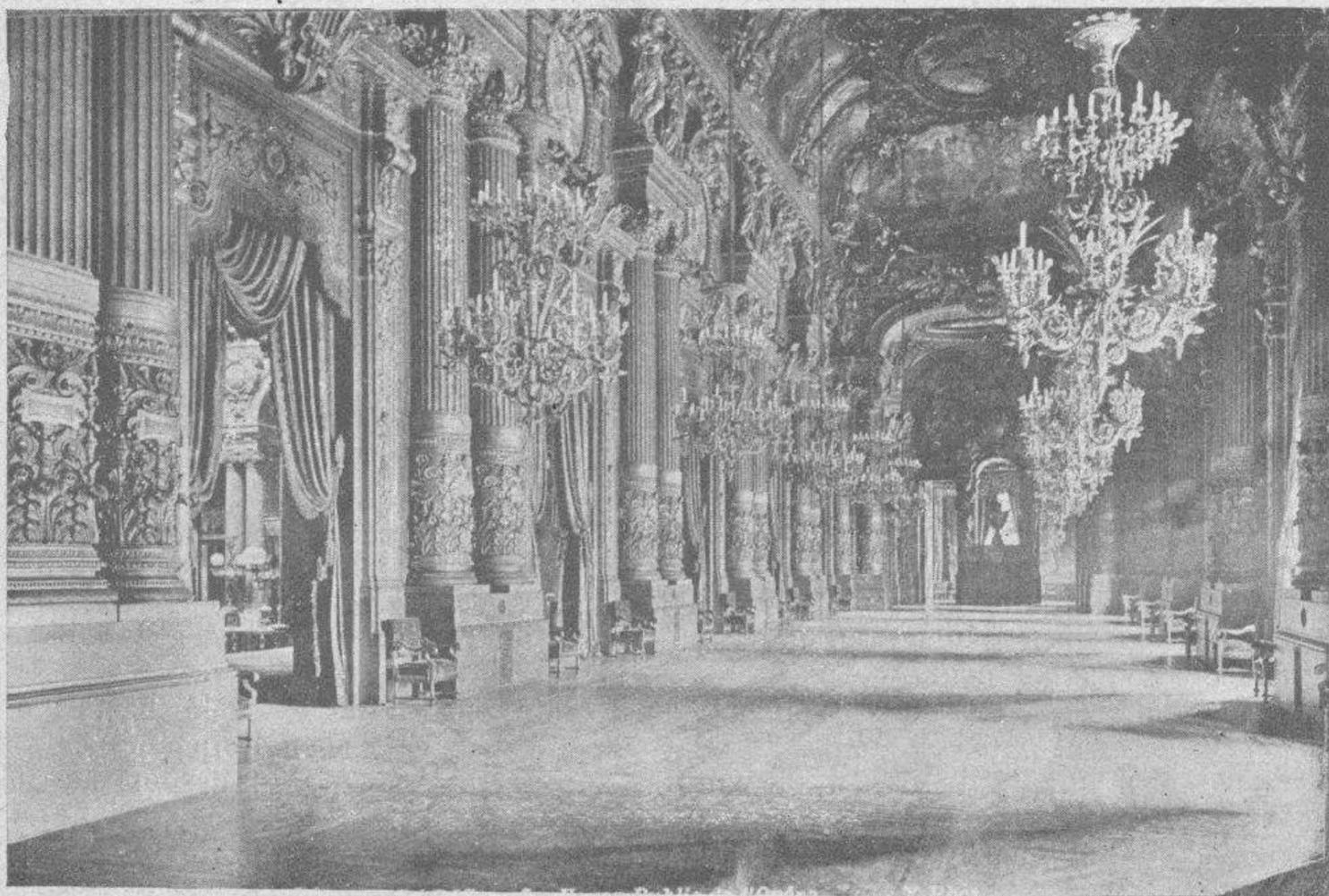
Creo que es el reclamo de una importante fábrica.

En anuncios se hace un verdadero derroche. Todas las noches voy á casa con los bolsillos atestados de cromos y de papeles.

Las esquinas están llenas de carteles artísticos, los faroles de los bulevares, las cercas de los solares, los coches de los tranvías y hasta las piedras de la calle.

Una particularidad. Aquí en ningún café sirven agua. El que la quiere, que es siempre extranjero, ha de pedirla, el mozo avisa en el mostrador y entonces viene con la botella y la copa el propio dueño.

Desde que estoy aquí, y hace ya ocho días, sólo he visto el sol algunas horas. A las tres de



PARÍS. — FOYER PÚBLICO DE LA OPERA.



PARÍS.— EL NUEVO LOUVRE.

la tarde parece ya anochecido, espesa niebla impide ver á distancia y casi siempre está lloviendo una lluvia menudita que apenas se nota, pero que cala los huesos.

Hasta cuando hace sol todo el mundo va armado de su paraguas.

En el presente número hallarán mis lectores una colección de vistas de París, que serán el complemento gráfico de este artículo, escrito al correr de la pluma y sin pretensión alguna.

En otros números les hablaré más detenidamente de mis impresiones en París y de otras particularidades dignas de contarse.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ.



LA SIESTA

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
 El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla:
 La luz es una llama que abrasa el cielo:
 ni una brisa una rama mueve en el suelo.
 Desde el hombre á la mosca todo se enerva:
 la culebra se enrosca bajo la hierba;
 la perdiz por la siembra suelta no corre,
 y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
 Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
 ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
 ni hoz la comadreja por la montaña,
 ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
 La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
 ni las flores la oruga torpe babea;
 todo el fuego se agosta del seco estío:
 duerme hasta la langosta sobre el plantío.
 Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
 sólo yo de alborozo me siento lleno:
 porque mi Rosa
 reclinada en mi seno
 duerme y reposa,
 Voraz la tierra tuesta sol del estío;
 mas el bosque nos presta su toldo umbrío.

Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
 susurra la floresta, murmura el río.
 ¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío.
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo: duerme,
 que yo te canto!

I

Cómo le canta y mece la madre al tierno niño
 que duerme en su regazo, mi amor te arrullará
 como para él la madre mil frases de cariño
 inventa, mil cantares mi amor te inventará.
 Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante,
 los versos que te canto mientras dormida estás
 ¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te
 [cante?
 ¿Cuál es de mis canciones la que te gustr más?
 ¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
 en una red de tamo prisión en un rosal.
 y al cual todas las noches á alimentar venía,
 la abeja que le amaba, con miel de su panal?
 ¿Prefieres una historia como la historia horrenda



PARÍS. — PLAZA DE LA BOLSA.

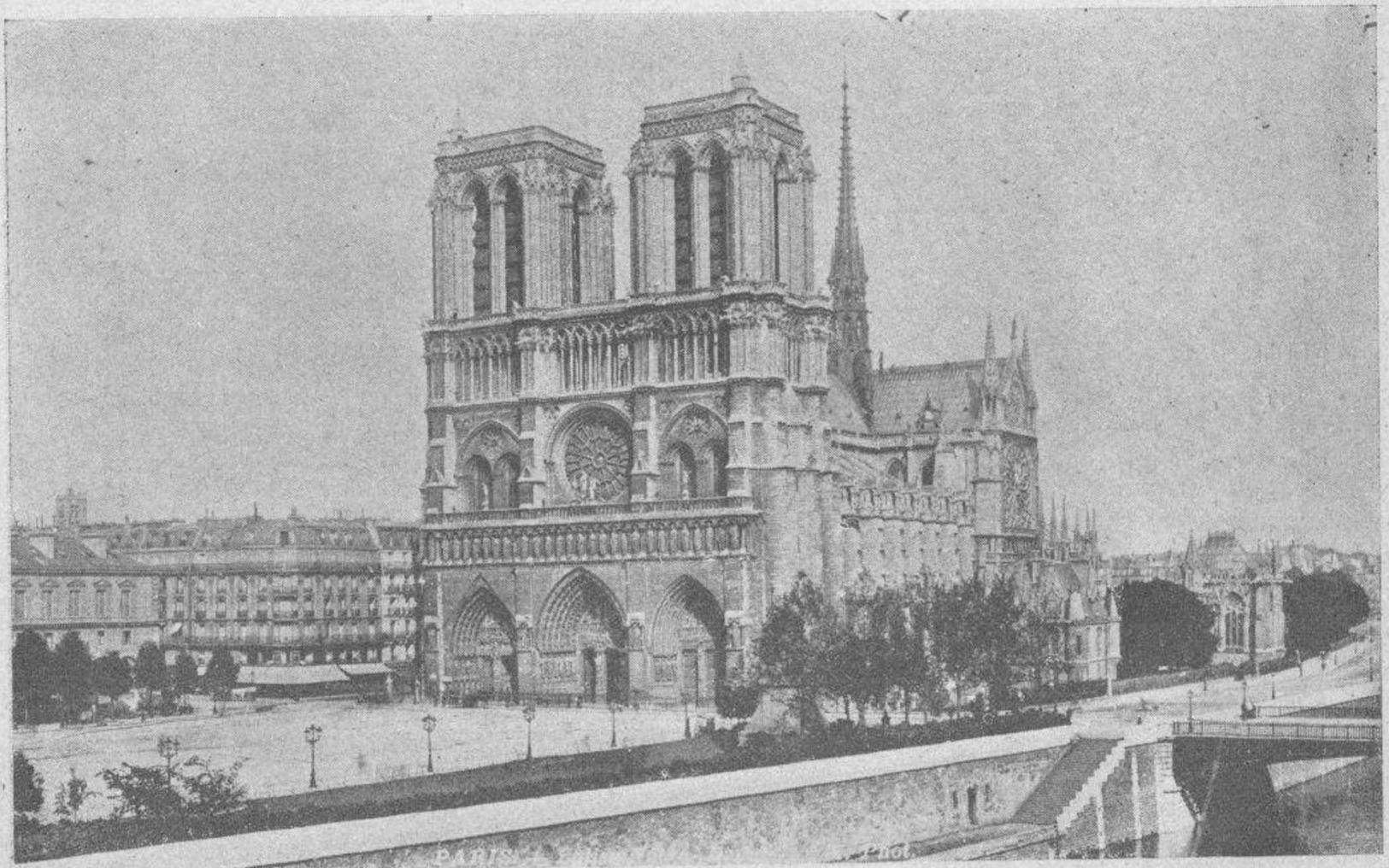


PARIS. — Le Pont au Change et le Palais de Justice X. Phot

PARÍS. — PUENTE DE CAMBIO. PALACIO DE JUSTICIA.



PARÍS. — PANORAMA DE LA PLAZA DE LA CONCORDIA.



PARÍS. — IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA.

de aquel que fué á su dama celoso á degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosál.
¡Más duerme, vida mía! mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.

Mientras la aura en tus rizos juega y te orea,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.

Duerme, que te adormece fiel mi cariño
como le canta y mece la madre al niño.

Duerme, que yo á millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño:

La enramada nos presta su toldo umbrio,
susurra la floresta, murmura el río:

todo invita á la siesta; duerme bien mío;

¡duerme entretanto

que yo te velo: duerme,

que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y de admirarte.

¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo

[Dios!

No hay nada con que pueda mi idea compararte.

Dios te hizo así, y nó quiso Dios, como tú hacer

[dos.

Más sé, aunque estás dormida, que escucha tu

[alma eterna

los versos que en tu oído depositando voy,

porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,

y en ellos, destilado mi corazón te doy.

Yo sieto los latidos del tuyo mientras duermes,

las penas de tu suave vital respiración,

tus manos entregadas bajo la mía inermes,

y tu ábito que absorbe voraz mi aspiración

Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo:
mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor,
más sé que tu alma en sueños responde á mi re-
clamo,

mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.

Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, algo de la inmortal pasión
de la cabeza, que iba con un murmullo vago
á dar á su verdugo su beso de perdón.

Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo de fe dechado:

aun más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.

Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.

Yo te amo y te envío de mis amores
la voz, como el rocío la alba á las flores.

Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrio,
susurra la floresta, murmura el río;

yo velaré tu siesta; ¡duerme, bien mío!

¡Duerme entretanto

que yo te velo: duerme,

que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Naciste en Sevilla;

la gracia lo revela de tu incopiable faz;

tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla

de la campiña que hace Guad-al-Kebir feraz.

Sus árboles han dado su sombra á tus pestañas,

tus párrados se han hecho con hojas de su azahar:

la esencia de sus nardos se encierra en tus entra-

[ñas,

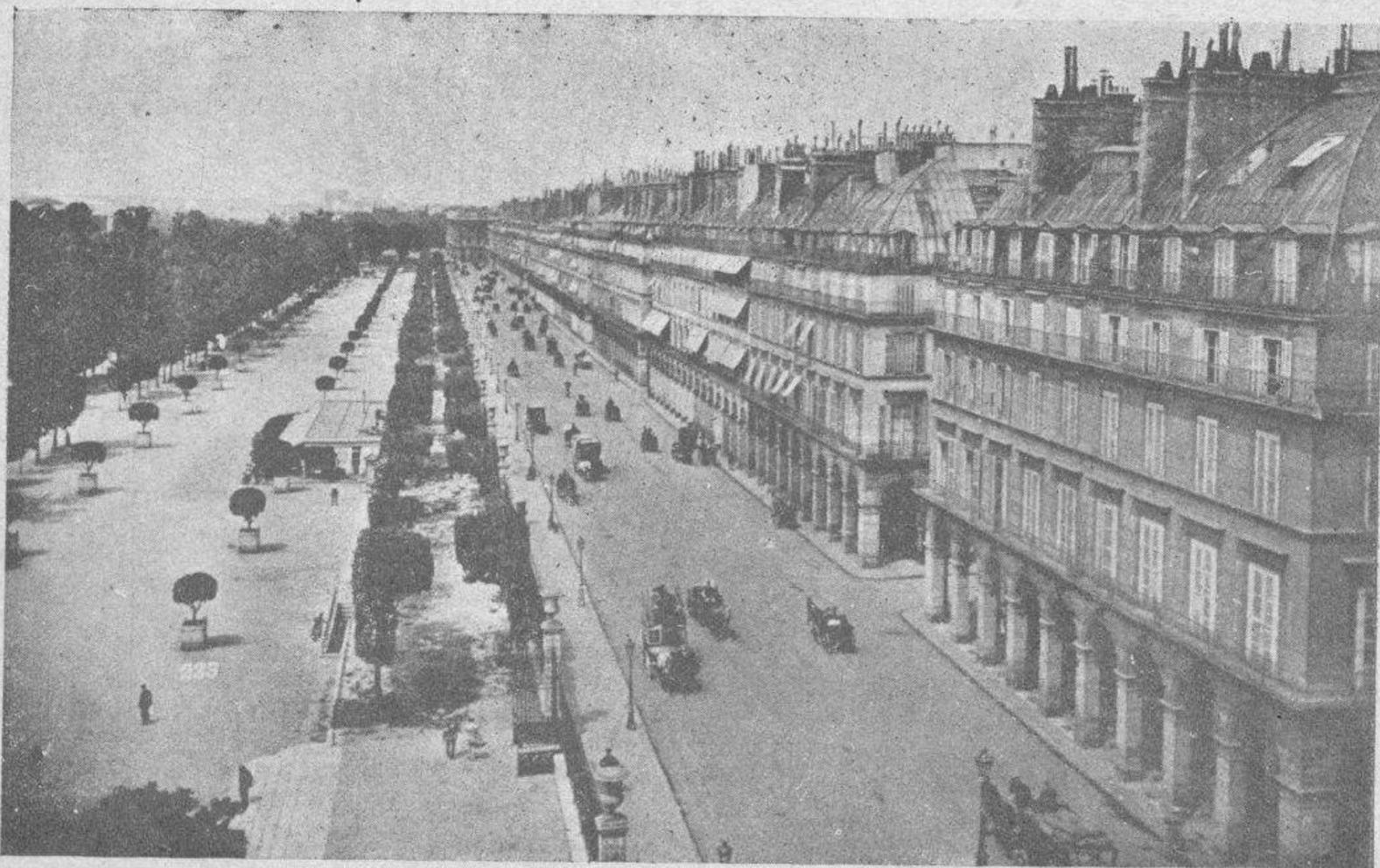
porque trasciende á ellos tu aliento al respirar.

Tus trenzas me recuerdan la perenal guirnalda

de plantas, siempre verdes, que toca su ciudad:

tu cuello, lo gallarda de su gentil Giralda,

tu alma de su cielo, la azul serenidad,



PARÍS. — CALLE DE RÍVOLI Y JARDIN DE LAS TULLERÍAS.



PARÍS. — VISTA DE LOS SIETE PUENTES TOMADA DESDE SAINT-GERVAIS.

¡Qué hermosa estás!... mas... ¿me oyes? Tu boca
 [me sonrie:
 tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
 Si son para mí, dílas ¡mi bien!... que me confíe
 tu amor, en sueño al menos, que me pudiste amar.
 Pronúncialas ¡mi vida!—Su plácido murmullo
 dará á mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
 como la miel que daba posada en un capullo,
 la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
 Más tu sonrisa, Rosa, desaparece:
 ¿qué idea ruin te acosa, que te entristece?
 Un ¡ay! sentir me dejas que no actículas;
 da á mi oído esas quejas que no formulas.
 El cielo en tu risueño labio se abría:
 ¡vuelve á aquel dulce sueño que sonreía!
 Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
 en tu faz de tu alma mirando al cielo.
 Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
 susurra la floresta, murmura el río:
 todo invita á la siesta: ¡duerme, bien miol
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo: duerme,
 que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüena,
 no á mi me sonrie, sino á feliz rival!...
 ¡Si al son de mis cantares, falaz, con otro sueña,

riéndose, hasta en sueños, de mi pasión leal!
 ¡Dios miol Si en el centro del corazón me clava
 de su desdén el frío desgarrador puñal...
 mi amor la daré siempre, como su miel le daba
 la abeja de mis cuentos, al silfo del rosal.
 Rosa, podrás matarme, si es que me engañas:
 no tu amor arrancarme de mis entrañas.
 Del corazón que abrigas, la dueña eres;
 más nunca me lo digas si no me quieres.
 ¿Qué he de hacer yo si al cabo, mi alma te adora
 Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
 Duerme, que mi cariño te mece y canta
 como la madre al niño que aun amamanta.
 Duerme; y si á la hora de ésta, de tu amor frío,
 va nada más me resta que tu desvío;
 mi alma está á tus pies puesta, duerme: en Dios
 [fio;

yo te amo tanto
 que tragarse, á mis ojos,
 haré mi llanto.

Tú dormirás en calma ¡de mi amor centrol
 las lágrimas de mi alma correrán dentro.
 Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
 susurra la floresta, murmura el río:
 duerme en calma tu siesta, que el duelo es mio;
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo: duerme,
 que yo te cantol

JOSÉ ZORRILLA

LA IGUALDAD

LA COL Y LA ROSA

Una col en un cercado
 Probaba á una rosa bella
 Que era tan buena como ella,
 Y aun de una tierra mejor.

—Mas aunque de cuna iguales,
 Dijo un pepino, ¡mastuerza!
 ¿Dejarás tú de ser *berza*,
 Mientras que ella es una *flor*?

CAMPOAMOR



PARÍS. — COMEDOR DEL GRAND-HÔTEL.

PSIQUIS

(DE VICTOR HUGO.)

Un día Psiquis á mi cuarto vino,
Y así dije á esta leve mariposa:
«¿Qué es lo santo en el mundo y lo divino?
¿Es la luz? ¿Es la sombra misteriosa?

—
»¿Es del poeta el entusiasta canto?
¿Es el fugaz perfume de las flores?
¿Cuál es aquel embriagador encanto
Que á los hombres, oh diosa, hace mejores?

—
»¿Cuál es aquel espíritu sublime
Que dió al mundo su aliento poderoso?
¿Dónde el dictamo está para el que gime?
¿Dónde el néctar está para el dichoso?

—
»Muéstrame do se engendra el rayo puro
Que á la pupila da fulgor tan vivo:
Señálame el lugar del libro obscuro
Do posa Dios su dedo, pensativo.

—
»Dime qué es lo más bello que vió Dante
En la esfera inmortal; dime el secreto
De la tebana esfinge, y de la amante
Paloma virginal del Paracléto.

—
»Dime en qué cosa, hecha de luz y lodo,
De timbre excelso ó de modesto nombre:
Puso el eterno Dios su verbo todo
Y todo el fuego de su carne el hombre.

—
»Dime cuál es el atrevido puente
Que desde el cielo hasta el empero sube,
Donde á medio camino frente á frente
Venus encuentra el celestial querube.

—
»Cuál es la llave espléndida y sombría
Que á los hombres brindando dichas ciertas,
Cierra el abismo de la noche fría
Y abre del sacro edén las aureas puertas.

—
»Cuál es la maravilla sorprendente
Que, fundiendo la rosa con el astro,
No pudieran crear en su audaz mente
Orfeo, ni Moisés, ni Zoroastro.

—
»Tú lo sabes quizás, tú que haces nido
En la etérea región, Psiquis hermosa;
Dime: ¿qué es la verdad, ángel querido?
Dime: ¿cuál es el bien, risueña diosa?

—
»¿Cuál es, de todos los celestes dones,
El más dulce, el más santo, el más seguro?
¿Cuál es, di, la mejor de las creaciones?
¿Cuál es de Dios el resplandor más puro?

—
Dije: Psiquis tendió las alas bellas
Sobre mi sien, doblada al grave peso;
Mostróseme desnuda en medio de ellas,
Y contestóme ruborosa: «¡el beso!»

T. LLORENTE

PERFILES

y Bonones



LLUEVEN ESCRITORES

No le faltaba razón al buen Antonio de Trueba al decir, hace muchos años, en el prólogo de un libro, que si Dios no lo remediaba, iba á llegar día en que escribirían hasta aquellos que no supieran leer.

Porque, señores, lo que pasa con la literatura ya raya en escándalo.



Para ejercer cualquier carrera, se cursa hasta obtener el correspondiente título; para cultivar un arte, se estudia hasta conseguir las aptitudes necesarias; para trabajar de cualquier oficio, se pasan años de aprendizaje y no pocas molestias; mas cuando se trata de escribir para el público, ya es otro cantar; parece que con decir «allá voy yo», basta y sobra.

Apenas en nuestros días aprende un chico á deletrear, coge el diario y ensaya en él sus aptitudes de lector; toma luego un semanario cualquiera, y ve allí ver-

sos y prosa buenos y malos; cobra afición á aquella literatura; compra hasta el último de los papelotes que salen á luz y se atiborra de semejante fárrago; y sin más caudal de ciencia, y sin más doctrina, enristra la pluma á hurtadillas de sus mayores, como quien comete una mala acción. Es que, entonces, el sentido moral del rapaz aun no se halla del todo pervertido.

Pero llega el día del santo de la mamá, por ejemplo, y dice el criminal incipiente: «ésta es la mía». Y dicho y hecho: emborriona media docena de cuartillas con versos ó cosa así, que hacen llorar de ternura á la sensible matrona; porque, ¿quién le había de decir á ella que el ser que llevó en sus entrañas, á la tierna edad de ocho años y algunos meses llegara á ser tan leído y *escrito*.

Y héteme ya á Periquito hecho fraile, es decir, hecho poeta, que por ahí, por lo de poeta, suele empezarse, sin distinción; porque entonces ya se enteran del caso la familia, los parientes lejanos y aun los conocidos más remotos, y todos quedan estupefactos ante el hecho inaudito, y lo celebran y lo aplauden y lo divulgan llenos de satisfacción.

Aquel talento fenomenal empieza á campar





por las tuyas, porque, — lo que él dice, — el genio no se presta á trabas de maestros de universidad ni de taller. ¿Qué carrera ni qué ocho cuartos? ¿Pues acaso no la tiene ya y muy buena por cierto? Es escritor. ¡Oh! ¡y qué escritor!

Y con semejantes infulas, si es listo, tal vez llegue á ser *chico* de un diario, que no es que digamos gran cosa ni acostumbra á ser muy retribuída; pero aun así no se logra fácilmente y son los menos los que la consiguen.

Pero en todos casos, el intruso ya es uno más que se revuelve en daño de la clase y en mengua de la producción.

La enfermedad cunde y se propaga de una manera alarmante, escandalosa, como que no son ya solos los hijos de familias acomodadas quienes, sin más ni más,

pretenden ser favorecidos por las musas ó apóstoles del pensamiento. Sin ir más lejos, el otro día, en cierto coliseo, oí á uno, al parecer peón de albañil, decir á otro:

—Yo no tengo letra, — bien lo sabes tú que ni conozco la *a*; — pero lo que es un drama, me pinto solo para hacerlo y apuesto á que lo hago como el primer *doto*. —

Y, á decir verdad, ya no me extrañaría de que lo hiciese ni de que hubiera empresa que se lo aceptase. ¡Se ven tantas cosas hoy día!

Lo cual, no hay que decirlo, muestra hasta la evidencia cuan á menos anda el oficio de escritor.

A mí, por serlo, me dió calabazas una novia muy bonita, sin que me valiese invocar todos los santos del calendario.

La semana pasada, un amigo mío, distinguido literato, se hizo empadronar como basurero.

—Pero, hombre, ¿estás loco? — le dije. — ¿Por qué disfrazas tu profesión?

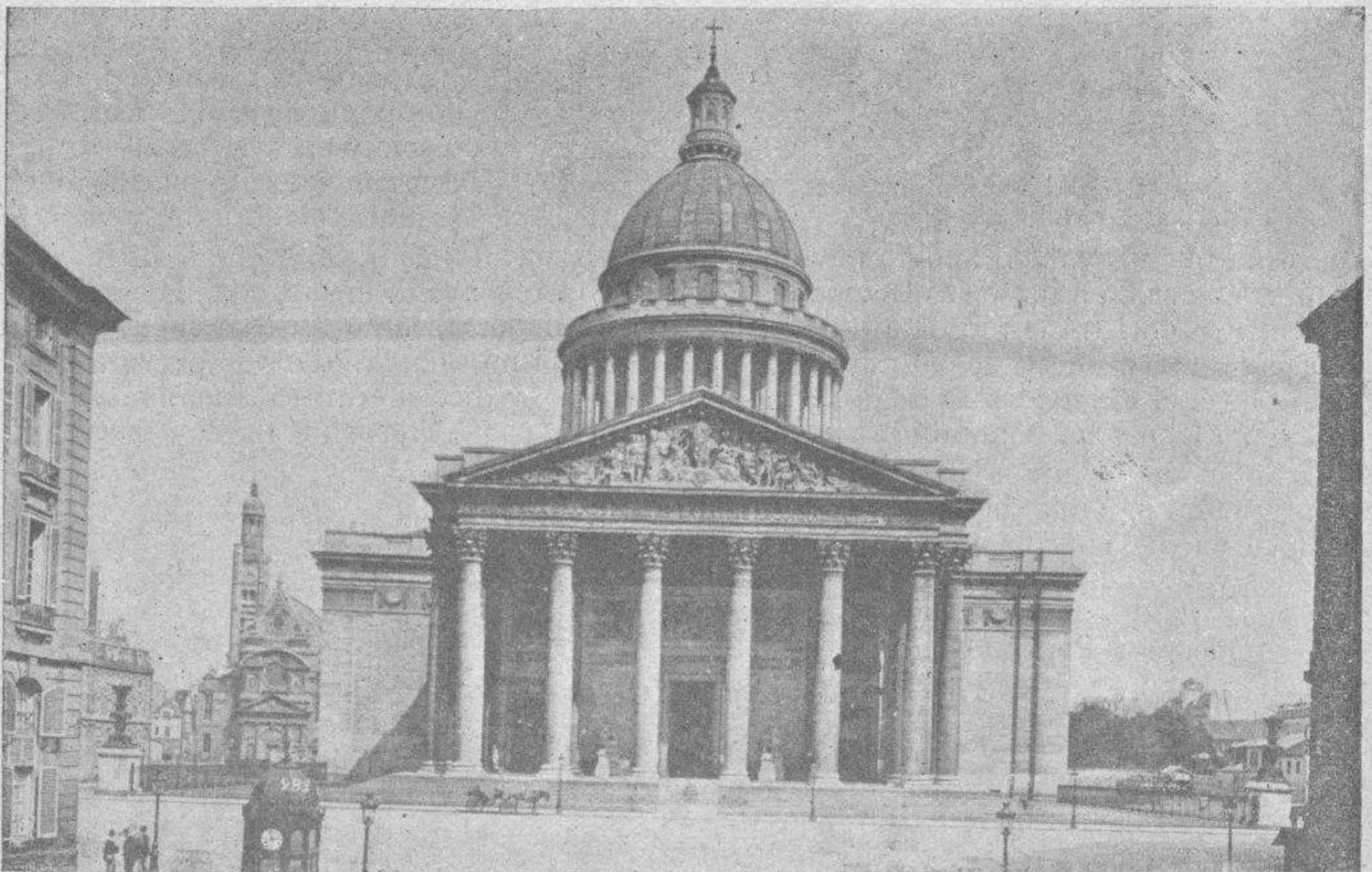
—Porque se me tenga en algo. ¿No ves que hoy día es escritor cualquiera? — me contestó con mucho aplomo.

Y no le falta razón. Pero ¿qué hacer para que vuelvan las cosas á su regular estado?

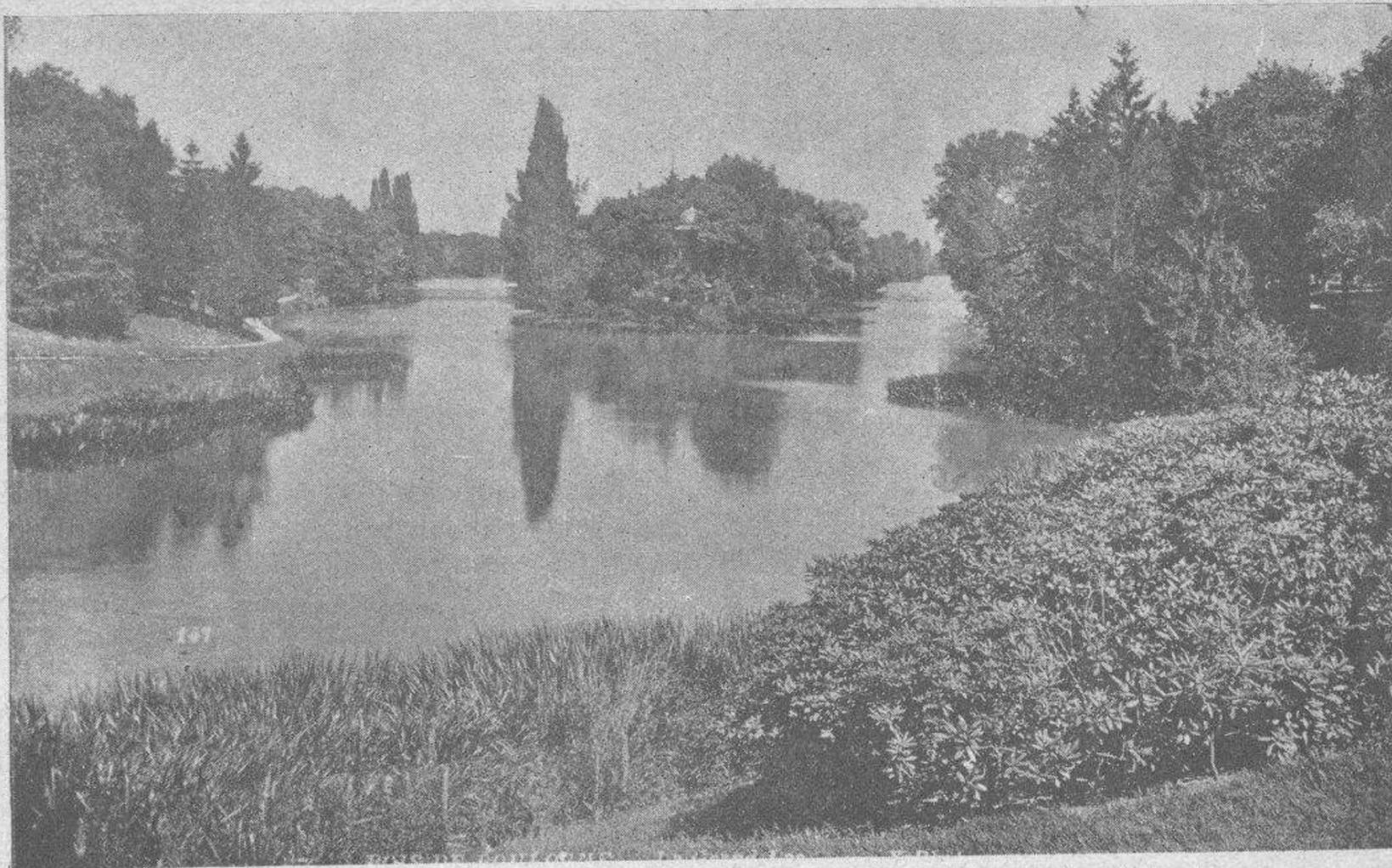
Nada más fácil. Promulgar una ley contra esos audaces ineptos intrusos, considerándoles como perniciosos vagos mal entretenidos, ley que alcanzase á sus cómplices y encubridores, tales como los papás bobos, los editores que no quieren gastar en original y los empresarios de teatros que no saben lo que se pescan y apechugan con todo cuanto se les presenta.

ETCÉTERA

Dibujos de XAUDARÓ.



PARÍS. — SANTA GENOVEVA. (PANTEÓN.)



PARÍS. — EL GRAN LAGO DEL BOSQUE DE BOLONA.

EL SASTRE Y EL AVARO

FÁBULA

Hay gente que dice *cólega*
y *epigrama* y *estaláctita*,
púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
hóviles, *córola* y *áuriga*.

Se oye á muchísimos *périto*,
y alguno pronuncia *mámpara*,
diploma, *erúdito*, *pérfume*.
pérsiles, *Tibulo* y *ávedra*.

Los que introducen esdrújulos
contra el origen y práctica,
imitación de su método,
lean la presente fábula:

Sabrán, si me escuchan ustedes
que hubo un tal Pedrillo Zápata,
sastre titular del Cóncejo
de no sé qué villa manchega.

Era comilón Periquito
y algo amigo de la gándaya:
sin embargo, bien aménudo
listo su labor despáchaba.

Vivía en su pueblo un ricote,
cicatero sobre mánera,
que le encargó que le cósiera
cálzones, cháleco y cháqueta.

Costumbre del pueblo péqueno,
es, muy general y sábida,
que al sastre le dé la cómida
el mismo para quien trábaja.

Cose á vista del parróquiano,
engulle, según se trátara,
buen almuerzo y rico púchero
cena y se acabó la fátiga.

A casa de don Ceférino
se fué mi sastre de máñana;
sirviéronle su desáyuno,
y seda prévino y águjas.

«Ea (dijo), hasta que Isídoro
tocando la gorda cámpana,
la hora de comer no señale.
coso sin alzar la cábeza.»

Echóse á pensar el ávaro,
si en fuerza de aquellas pálabras,
del sastre salir le púdiera
la manutención más bárata.

¿Quieres (le propuso á Périco)
la olla comerte preparada,
y hasta la cena seguidito
proseguir luego la tárea?»

Respondió el sastre: «Me acómoda;
y aun si la cena me sácaran,
me la engullera: mi apéxito
no corre con hora márcada.

—Corriente (contestó el ricacho):
vas á comer de una zámpada
para el día de hoy por cómpleto,
y cosas luego sin párada.

—La mitad sobra de séguro,
(dijo el ruin para su cámpa):
ni un avestrúz que se púsiera
tanto en el buche se encájara.

—Vamos (grito): pronto, próntito;
corta la sopa y la ensálada,
y a Pedro sirvele en séguida
y la olla de cenar, Baltásara.»

Dánselo y trágalo tódito,
y dice después de lá-cena:
«yo en cenando no doy púntada.
buenas noches: vóyme á lá-cama.»

La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas á miséribles
ni un místico se escandáliza.

JUAN EUGENIO HARCENBUSCH

MISCELANEA

Como verán nuestros favorecedores, damos hoy una colección preciosa de vistas de París que desde dicha capital ha mandado nuestro querido director, resultando, el presente número de LA SAETA un excelente álbum de esos que se ha dado hoy en llamar *portfolios*, que, á sus condiciones de belleza y baratura, une la de contener, como siempre, texto ameno y variado.

* *

Antiguamente, era costumbre en Atenas contar las buenas acciones de los grandes capitanes.

Interrogado Temístocles sobre cual era la voz que más le agradaba entre todas las de los actores que había oído:

—La de aquel que canta mis alabanzas,—respondió.

Bellas lectoras, no sigáis con vuestros amantes la opinión de Temístocles.

* *

El señor de Tallart había asesinado á Juan Desmarest; el abuelo de este se echó á los pies del rey pidiéndole justicia.

—Alzaos,—le dijo Francisco I;—para pedirme justicia no hay que inciar la rodilla; es un derecho que debo á todos mis súbditos; pase si trataseis de pedirme una gracia.

* *

Saliendo á pasear el rey don Fernando el Católico, una tarde por el campo de Zaragoza, vió venir hasta cuarenta labradores cantando. El Cardenal don Pedro González de Mendoza que acompañaba al monarca le contó, como acostumbraban en aquella tierra, cuando salían los peones á trabajar, hacer cada día á uno de ellos rey, al cual obedecían en todo lo que les mandaba, y era aquel que venía delante de ellos; y si su alteza quería reir, le hiciese algún acatamiento como á rey: Don Fernando se holgó de ello, y al llegar cerca el labrador mandó á los peones que se detuviesen. El Rey Católico se quitó la gorra saludándole. El labrador con

mucha gravedad se santiguó diciendo: «A gorra de rey, bendición de Santo Padre.»

* *

Un labriego, que iba caballero en un pollino se apeó un día por las orejas, como vulgarmente se dice, á consecuencia de un par de coces que soltó el animal.

La gente que presenció la caída del labriego, prorumpió en una carcajada.

—Por falta de serenidad te has caído exclamó el más chusco de la reunión, dirigiéndose á la víctima que se levanta trabajosamente.

—No, respondió de mal talante el labriego: ha sido por *falta* de burro.

* *

Un día que el emperador Carlos V andaba con bastante trabajo de resultas de un ataque de gota, el conde de Buren que le vió, no pudo contener la risa. «¿De qué os reís?» le dijo el emperador. «Señor, repuso el conde, al ver cuán inseguros son los pasos que dais, me ha parecido también que el imperio cojea, ora de un pie, ora de otro.» «Pensad otra vez con más acierto, le dijo Carlos V, sin olvidaros de que no los pies, sino la cabeza es la que gobierna el Estado.»



LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Propietario: Pedro Motilba. Director: V. Suárez Casañ.

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..	5 ptas.
Año.	8 »
Extranjero y Ultramar.	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.